

SRES. ACADÉMICOS, SEÑORES:

Desde el primer instante en que se me insinuó el deseo de que viniera a dar una Conferencia, acogí con verdadera fruición la idea, no sólo por el alto honor que ello ya en sí representaba, sino porque tenía que manifestaros publicamente mi gratitud inmensa por la honra que me habéis concedido al nombrarme Académico honorario.

Desde luego pensé en buscar un tema para esta Conferencia que pudiera haceros más soportable la falta de condiciones y de dotes oratorias en mí, despertando vuestro interés; no sólo una materia científica para tratarla en abstracto, sino algo que tuviera relación con la realidad, que pudiera tener aplicación, para que este mayor interés que siempre resulta de la actualidad lograra, como he dicho antes, hacer menos enojosa la falta de condiciones del orador.

Los que habéis leído a Augusto Comte observasteis, sin duda, cierta pueril petulancia, perdonésemelo llamarla así, al creer que había construido o formado la ciencia sociológica, al considerarse como padre de esta ciencia y como el descubridor, por esto, en el orden científico y moral, de algo tan importante que sólo admitía comparación, según su dicho, con